

Concurso literario en español 2021 “Dale voz a la pluma”

Ministerio
de Educación
y Formación Profesional

Trabajos premiados



Concurso literario en español 2021 “Dale voz a la pluma”

Trabajos premiados



CONCURSO LITERARIO EN ESPAÑOL 2021 “DALE VOZ A LA PLUMA”

Trabajos premiados



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y FORMACIÓN PROFESIONAL
Secretaría de Estado de Educación
Dirección General de Planificación y Gestión Educativa
Unidad de Acción Educativa Exterior

Edita:
© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General de Atención al Ciudadano, Documentación y Publicaciones
Edición: julio de 2021
NIPO: 847-21-127-2 (impreso)
NIPO: 847-21-126-7 (en línea)
Imprime: Gráfica Soluciones Gráficas, S.L.
Maquetación: Gema Salguero López
Diseño portada y contraportada: Marta Díaz Ortega

ÍNDICE

Presentación.....	7
Bases del concurso.....	8
Modalidad ALCE: Secuencia de viñetas o de historieta	
7-9 años	11
<i>El mono gracioso</i> , Isabel Marqueta Garcés	
<i>El camino de Santiago de un caracol</i> , Hugo Guillermin Miguel	
<i>La confianza</i> , Javier Marqueta Garcés	
10-12 años	15
<i>Tic Tac, de regreso a casa</i> . Tiziano Signes Salerno	
<i>El domingo de un gato</i> , Guillemette Berthet Méndez	
<i>La familia Germain-Beas</i> , Pablo Germain Beas	
13-15 años	19
<i>Esperanza</i> , Clara Capilla	
<i>Las aventuras de Claudia por España</i> , Claudia Briegas Llopis	
<i>La vuelta al mundo</i> , Maéva Bricout Vicente	
16-18 años	23
<i>Año nuevo en Sevilla</i> , Carlota Martal Vázquez de la Torre	
Modalidad Centros-SIE: Narración o relato breve	
9-11 años	25
<i>Teo en el mundo mágico de los libros</i> , Fernando Dorado Squicciarini	
<i>El flamenco, el manatí y el zorro</i> , Matthieu Piel Berastegui	
<i>Los zapatos olvidados</i> , Valentina Sotelo García	
12-13 años	31
<i>Sangra mi corazón de hielo</i> , Sofía Beaudonnet Camoletto	
<i>Su camisa roja de cuadros</i> , Noa Aguilar Moreno	
<i>Día de los Muertos o cómo ver a la Muerte</i> , Eurydice Masson	
14-15 años	39
<i>Un viaje sin retorno</i> , Adriana Gutiérrez Mancilla	
<i>Memorias de una amnésica</i> , Nahia Gurrutxaga Pabois	
<i>El araguaney</i> , Sara BouSSION Becerra	

16-18 años

49

La caída, Inés Derouin Dehais

Pedazos de corazón, Salomé Boix-Guyard

Fragmentos de batalla, Sara Cuadrado

PRESENTACIÓN

En este volumen presentamos los trabajos ganadores en la cuarta edición del concurso “Dale voz a la pluma”, mediante el cual la Consejería de Educación pretende reforzar y sacar a la luz las competencias tanto artísticas como lingüísticas del alumnado que aprende español -o en español- en el ámbito de los diversos programas que nuestro Ministerio desarrolla en Francia.

Con satisfacción puedo afirmar que la convocatoria de este año ha cosechado un gran éxito de participación: en efecto, se ha presentado un total de 62 historietas, elaboradas por el alumnado que frecuenta las aulas de nuestras dos Agrupaciones de Lengua y Cultura Españolas -Lyon y París-, más 240 relatos en los que han puesto a prueba sus dotes narrativas los alumnos de las Secciones Internacionales Españolas y los de nuestros dos centros de titularidad, el Colegio Federico García Lorca y el Liceo Luis Buñuel.

Los cómics reflejan, a menudo con sorprendente dominio de la línea y el color, los temas y querencias propios del universo en el que se desenvuelven nuestros artistas *en herbe*: los animales, el deporte, los extraterrestres, el mundo fantástico, las familias y los viajes -que, por supuesto, suelen tener España como destino-.

En cuanto a los relatos, conforme aumenta la edad de los narradores, observamos cómo ese cosmos infantil que a todos nos nutrió -los libros que cobran vida, los miembros de la familia en apuros, los animales parlantes, los objetos cotidianos dotados de sentimientos- va dejando paso, con la entrada en la adolescencia, a asuntos de mayor enjundia y tonos acaso más sombríos: el medioambiente, la guerra y los campos de exterminio, la muerte o la ruptura amorosa; temáticas estas en ocasiones exploradas con inhabitual madurez. El lector encontrará asimismo ecos de nuestros hermanos de allende el Atlántico en torno al Día de los Muertos y la conquista del Perú.

Quiero, pues, en primer lugar, aplaudir el esfuerzo de cuantos dibujantes y narradores han participado en el concurso sin haber resultado vencedores: la calidad de sus trabajos hizo que la labor del jurado fuera compleja y sus decisiones, arduas. En segundo lugar, no olvido a todos esos profesores que siempre estuvieron detrás, animando a sus alumnos a que empuñasen lápices y rotuladores, o motivándolos para que se sentasen, cavilosos, ante la pantalla en blanco de un ordenador.

Para concluir, deseo felicitar a los ganadores del concurso en todas sus edades y modalidades: un puñado de personas jóvenes y creativas a quienes invito a que continúen desarrollando sus dotes artísticas y literarias. En español, naturalmente.

FERNANDO PUIG DE LA BELLACASA
Consejero de Educación

BASES DEL CONCURSO

BASES

A) Modalidad para las Agrupaciones de Lengua y Cultura Españolas (ALCE)

- 1. Objetivo:** Contribuir a desarrollar la capacidad expresiva y promover la creatividad literaria en español.
- 2. Participantes:** Alumnado de las Agrupaciones de Lengua y Cultura Españolas (ALCE).
- 3. Modalidad:** Secuencia de viñetas o página de historieta (cómic).
- 4. Grupos de edad:**

GRUPOS DE EDAD			
7-9	10-12	13-15	16-18

8

5. Plazo y dirección a la que se remitirán los trabajos: Cada uno de los trabajos presentados debe ser remitido antes del **14 de marzo de 2021** por correo electrónico a la dirección **francisco.garciaqf@educacion.gob.es**.

6. Originalidad, extensión y formato de presentación de trabajos:

- Los trabajos presentados han de ser originales y con ilustraciones realizadas por los propios autores. Se descalificarán los trabajos plagiados total o parcialmente.
- 1 página de extensión, como máximo.
- Presentación en pdf.
- El trabajo se presentará en **un único archivo** e irá precedido de una **ficha de participación**, en la que se han de hacer constar el título del mismo y los datos del autor (nombre y apellido/s, grupo de edad en el que concursa y agrupación/aula en la que estudia).

7. Jurado: Estará constituido por los asesores técnicos de la Consejería de Educación, será presidido por el consejero de Educación de la Embajada de España en Francia.

8. Premios: Se otorgarán tres premios por cada grupo de edad, consistentes en: expedición de un diploma, publicación del trabajo premiado (edición impresa y en línea) y entrega de un obsequio de la Consejería de Educación.

9. Cesión de derechos: El autor premiado cederá a título gratuito a favor del Ministerio de Educación y Formación Profesional los derechos de explotación de la propiedad intelectual, y en especial los derechos de reproducción, transformación, distribución

y comunicación pública, de la obra premiada. La correspondiente cesión revestirá el carácter de no exclusiva, se otorgará para un ámbito territorial mundial y tendrá una duración equivalente a todo el tiempo de protección que conceden a los autores, sus sucesores y derechohabientes las actuales leyes y convenciones internacionales propias de la materia de propiedad intelectual y las que en lo sucesivo se puedan dictar o acordar.

B) Modalidad para los centros de titularidad del Estado español y las secciones españolas

1. Objetivo: Contribuir a desarrollar la capacidad expresiva y promover la creatividad literaria en español.

2. Participantes: Alumnado del **Colegio Español Federico García Lorca**, el **Liceo**

3. Modalidad: Narración o relato breve.

4. Grupos de edad:

GRUPOS DE EDAD			
9-11	12-13	14-15	16-18

9

5. Plazo y dirección a la que se remitirán los trabajos: Cada uno de los trabajos presentados debe remitirse por correo electrónico antes del **14 de marzo de 2021** a la dirección **francisco.garciaqf@educacion.gob.es**.

6. Originalidad, extensión y formato de presentación de trabajos:

- Los trabajos presentados han de ser originales y pueden incluir ilustraciones realizadas por los propios autores. Se descalificarán los trabajos plagiados total o parcialmente.
- 2 páginas de extensión, como máximo.
- Presentación en Word (márgenes superior, inferior y laterales de 2,5 cm; interlineado de 1,15 pt; letra Times New Roman 12).
- El trabajo se presentará en un único archivo e irá precedido de una **ficha de participación**, en la que se han de hacer constar el título del mismo y los datos del autor (nombre y apellido/s, grupo de edad en el que concursa y centro o sección en que estudia).

7. Jurado: El jurado, constituido por los asesores técnicos de la Consejería de Educación, será presidido por el consejero de Educación de la Embajada de España en Francia.

8. Premios: Se otorgarán tres premios por cada grupo de edad, consistentes en: expedición de un diploma, publicación del trabajo premiado (edición impresa y en línea) y entrega de un obsequio de la Consejería de Educación.

9. Cesión de derechos: El autor premiado cederá a título gratuito a favor del Ministerio de Educación y Formación Profesional los derechos de explotación de la propiedad

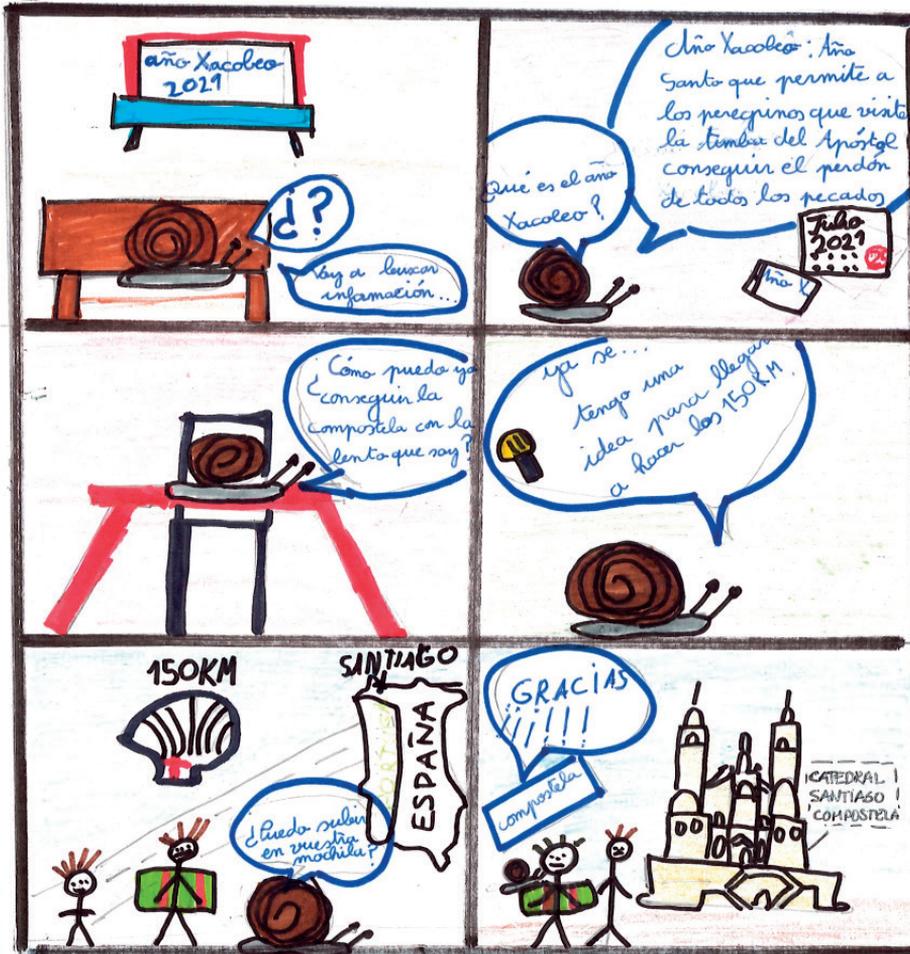
intelectual, y en especial los derechos de reproducción, transformación, distribución y comunicación pública de la obra premiada. La correspondiente cesión revestirá el carácter de no exclusiva, se otorgará para un ámbito territorial mundial y tendrá una duración equivalente a todo el tiempo de protección que conceden a los autores, sus sucesores y derechohabientes las actuales leyes y convenciones internacionales propias de la materia de propiedad intelectual y las que en lo sucesivo se puedan dictar o acordar.

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE SECUENCIA
DE VIÑETAS / HISTORIETA
7-9 AÑOS

EL CAMINO DE SANTIAGO DE UN CARACOL

Hugo Guillermín-Miguel
Aula de Montfavet (ALCE de Lyon)
Segundo premio

El camino de Santiago de un caracol



13

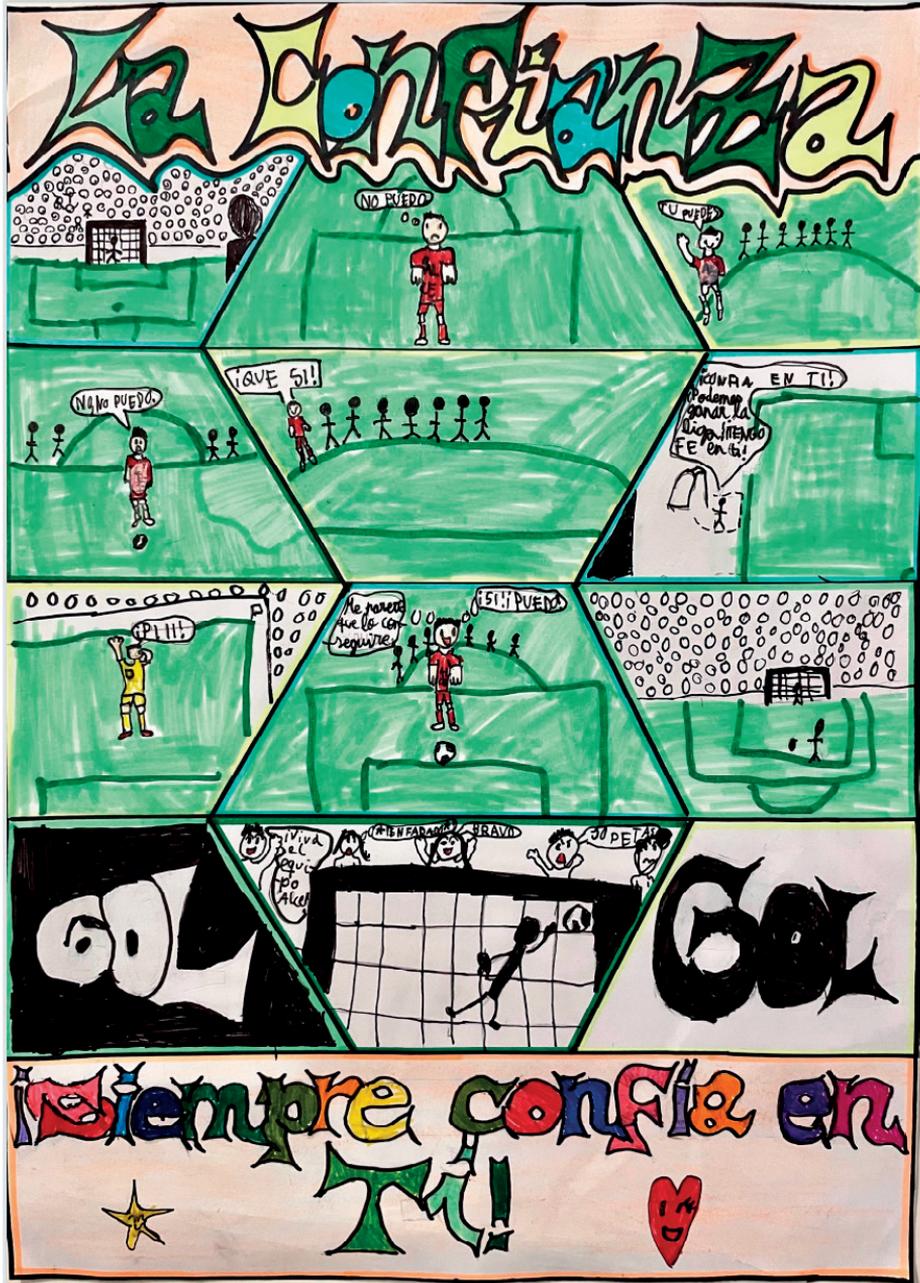
B11 - Hugo GUILLERMIN-MIGUEL
2020-2021

LA CONFIANZA

Javier Marqueta Garcés

Aula de Manosque (ALCE de Lyon)

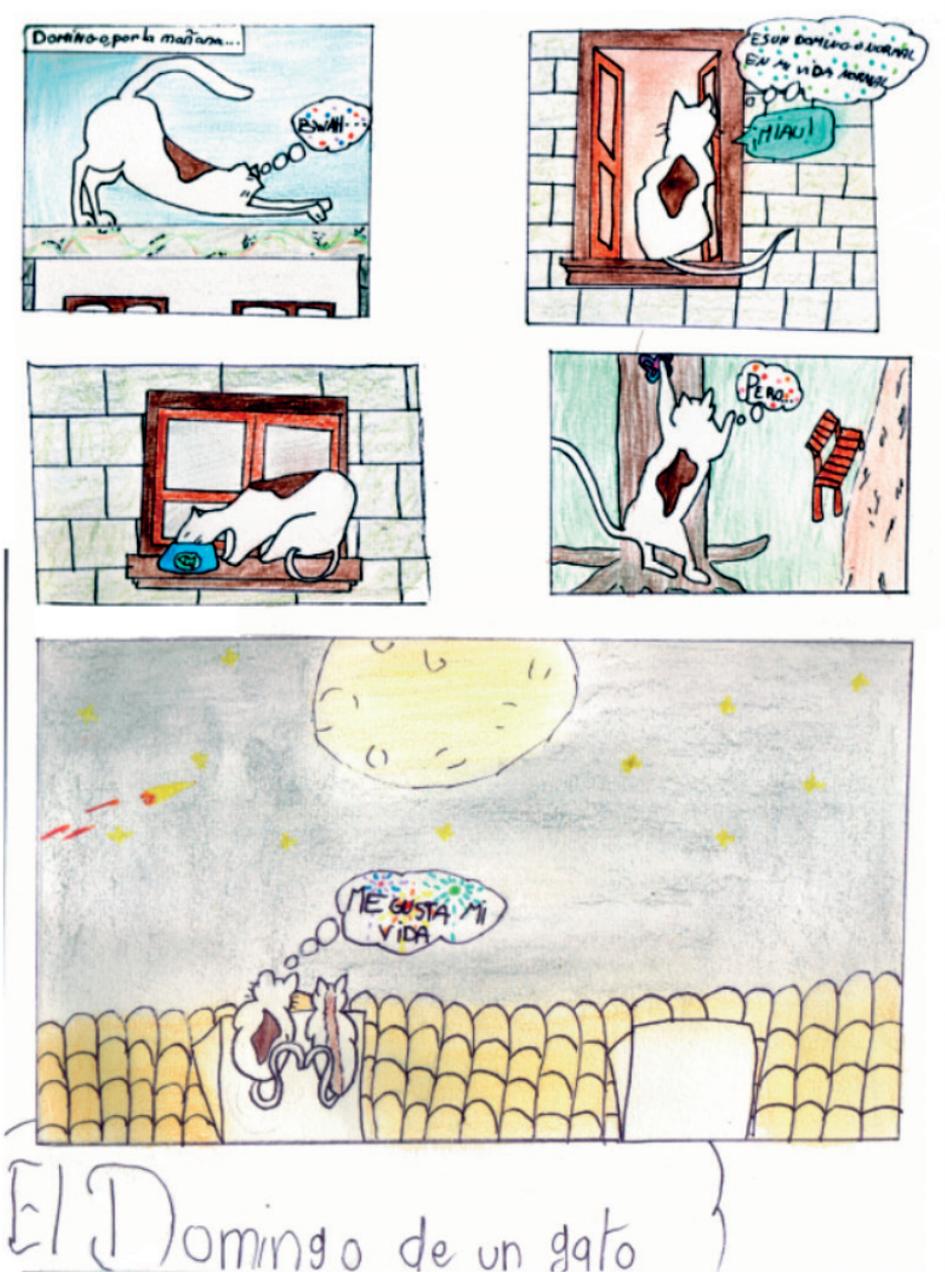
Tercer premio



TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE SECUENCIA
DE VIÑETAS / PÁGINA DE HISTORIETA
10-12 AÑOS

EL DOMINGO DE UN GATO

Guillemette Berthet Méndez
Aula de Chelles (ALCE de París)
Segundo premio



TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE SECUENCIA
DE VIÑETAS / PÁGINA DE HISTORIETA
13-15 AÑOS

ESPERANZA

Clara Capilla
Aula de ALCE de París V
Primer premio

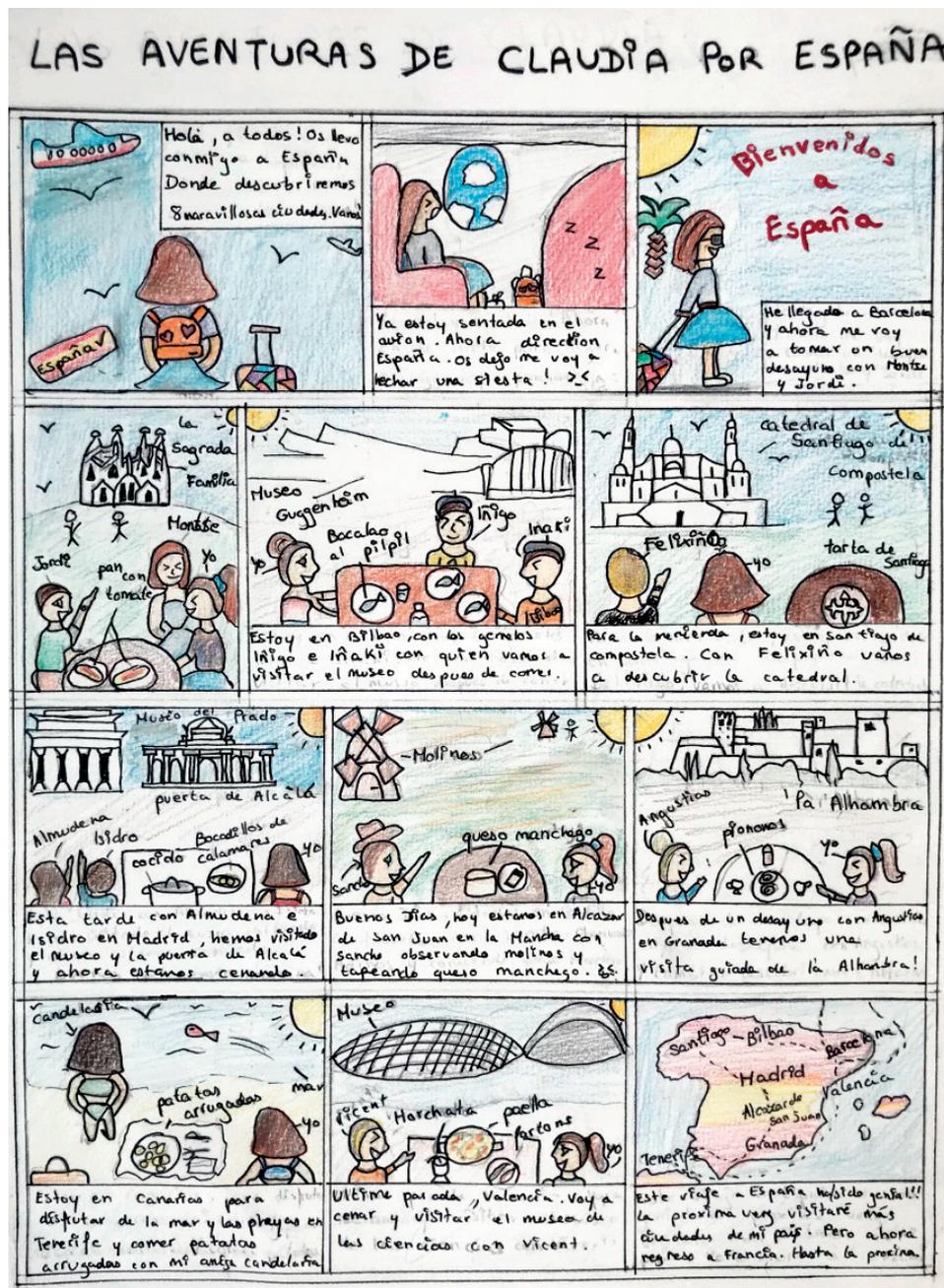


LAS AVENTURAS DE CLAUDIA POR ESPAÑA

Claudia Briegas Llopis

Aula de Picpus (ALCE de París)

Segundo premio



LA VUELTA AL MUNDO

Maéva Bricout Vicente

Aula de Athis-Mons / Paray-Vieille-Poste (ALCE de Paris)

Tercer premio

LA VUELTA AL MUNDO



22



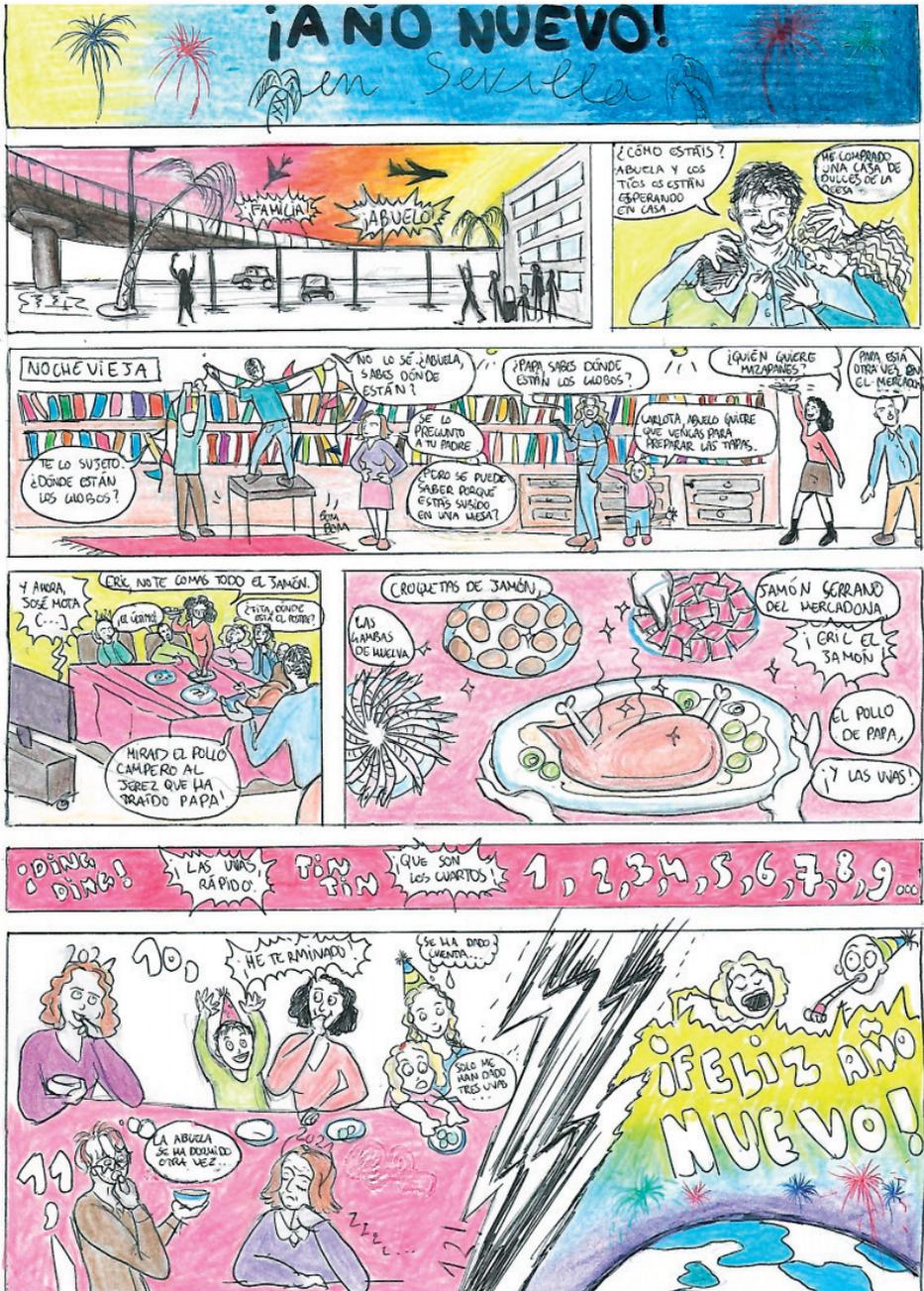
TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE SECUENCIA
DE VIÑETAS / PÁGINA DE HISTORIETA
16-18 AÑOS

AÑO NUEVO EN SEVILLA

Carlota Martal Vázquez de la Torre

Aula de Issy-les-Moulineaux (ALCE de París)

Primer premio



24

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE
NARRACIÓN / RELATO BREVE
9-11 AÑOS

TEO EN EL MUNDO MÁGICO DE LOS LIBROS

Fernando Dorado Squicciarini

Colegio Español Federico García Lorca.

Primer premio

Libros, una auténtica aventura, casi olvidada por Internet o los videojuegos y las redes sociales. Fuente de cultura y de saber. Con estas palabras, querido lector, espero que te apresures a leer esta historia y que pases una página de tu vida. Lee con atención.

Había una vez un niño llamado Teo, que estaba cegado por los videojuegos. Jugaba doce horas al día con la consola. Era de una estatura media, en torno a un metro y medio. Estaba en la edad de la pubertad. Tenía el pelo rubio resplandeciente y unos ojos azules cansados por estar mucho tiempo ante esa horrible pantalla. Era de nariz aguileña y mirada penetrante. Siempre se vestía con un chándal rojo. Su única ocupación era jugar a videojuegos de todo tipo.

Un día se desmayó en su habitación de tanto jugar. Después hubo un terremoto que provocó un gran hueco en la habitación. Cayó en ese precipicio y acabó en un prado lleno de color. Al rato de caer recuperó el conocimiento. Delante suya vio un libro, ¡sí, un libro!, resplandeciente como el oro. De hecho, era de oro.

26 –Levántate Teo –ordenó el libro–. Yo he venido a salvarte y te voy a enseñar a querer los libros –añadió. Nuestro héroe atemorizado preguntó tartamudeando:

–¿U...us...ted qui...quién es? –El libro respondió:

–Me llamo el Libro Sabihondo y tengo todo el conocimiento sobre la literatura.

Dicho esto, se encontraron en un campo con molinos y oyeron una voz exclamar:

–¿Qué molinos, Sancho? –Era don Quijote, que apareció cabalgando Rocinante–Estos son gigantes, ¡pásame la adarga! –Y don Quijote se lanzó contra los molinos acabando enredado entre sus aspas. El libro explicó:

–Este es el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, una obra excepcional y universal.

Después de haberle contado la novela, pasaron a otro relato y después a otros más. Huyó con los tres cerditos, navegó con Simbad el Marino, viajó al infierno con Orfeo... Por fin el Libro Sabihondo le dijo a Teo:

–Has aprendido a amar la lectura y yo te daré un regalo –Momentos después le dio un broche de oro que ponía “Amante de la lectura”. Después le preguntó:

– ¿Te apetece una última aventura?

El joven asintió y navegó con el capitán Ahab en el Pequod en busca de Moby Dick. Luchando contra la gran ballena blanca recibió un coletazo y se hundió.

Se despertó con un grito horrible capaz de asustar a una manada entera de elefantes. Comprendió que todo había sido un sueño. Pero el broche, seguía con él.

EL FLAMENCO, EL MANATÍ Y EL ZORRO

Matthieu Piel Berastegui

Sección Internacional Española de Saint-Germain-en-Laye

Segundo premio

I. Los animales

Érase una vez un lugar en el bosque donde por la tarde los animales se encontraban para beber en un río y hablaban de todo y de nada. Un día, el zorro, el manatí y el flamenco se encontraron los tres solos delante del río. El flamenco empezó a hablar: “¡Eh! Chicos, ¿Cómo estáis? ¿De qué vamos a hablar hoy?” “Pues –dijo el zorro–, tú, Flamenco, ¿por qué no nos cuentas de dónde te viene ese color?” El manatí gritó: “¡Sí! Le toca comenzar al flamenco. Que nos diga por qué tiene las plumas rosas”.

II. Cómo el flamenco consiguió sus colores

El flamenco comenzó: “Mi color viene de mi tatarabuelo. Vivía en un jardín maravilloso, poblado con parejas de todos los animales del mundo, una hembra y un macho de cada uno de ellos. Mi tatarabuelo tenía las plumas grises. Un día encontró al loro. El loro tenía plumas rojas y verdes. Mi tatarabuelo le pidió plumas rojas porque no le gustaba su color gris. Entonces el loro le dio plumas rojas. Después se encontró con un cisne. Mi tatarabuelo le pidió plumas blancas porque al fin y al cabo no le gustaba tanto el color rojo. El cisne le dio plumas blancas. Entonces mi tatarabuelo se puso las plumas rojas y blancas y se bañó con ellas puestas. Cuando salió del agua, se vio con todo el cuerpo lleno de plumas rosas. Por eso, desde entonces, en mi familia, tenemos las plumas color rosa. Y tú, manatí, ¿cómo has aprendido a nadar tan maravillosamente a pesar de ser tan gordo?”

27

III. Cómo el manatí aprendió a nadar

“Mi bisabuelo vivía en Europa y era una vaca que se llamaba Manatí y que nació con patitas muy cortas, tan cortas que no podía caminar o correr como las demás vacas. Un día, las vacas viajaron hasta el mar y Manatí no podía ir tan deprisa como las demás. Cuando atravesó un río, vio que sabía nadar mejor que las demás. Y nadó, nadó hasta el mar. Cinco días después las otras vacas llegaron a orillas del mar y le preguntaron a Manatí: “¿Cómo has podido llegar tan deprisa al mar, si tienes patitas tan cortas que no puedes caminar?” Manatí respondió: “Nadé, nadé por el río y aquí me veis”. Las vacas se rieron de ella. Entonces, Manatí se metió en el agua y nadó. Las otras vacas mugieron: “¡Vuelve, Manatí!, ¡vuelve!”, pero Manatí no las escuchó y siguió nadando hasta cruzar el océano y llegó a Guayana. Como mugía como una vaca, los pescadores de Guayana creyeron que era una sirena. Y desde aquella época, somos vacas de mar y nadamos. Y tú, zorro, ¿qué nos vas a contar?”

IV. Cómo el zorro adquirió su cola tan bonita

Zorro comenzó: “Os voy a contar una historia que se remonta a la época de mi tatarabuelo. En aquella época, los zorros teníamos una cola muy fina. Mi tatarabuelo era hijo único y para desgracia de sus padres, se enamoró de una ardilla. Sus padres estaban muy enfadados y le dijeron al zorro: “Tú, vete de aquí, no queremos verte nunca más.” Durante meses se quedaron solos, tristes y sin descendencia. Pero un día el zorro volvió con cinco cachorritos que parecían ser zorros pero que tenían una cola de ardilla. Por eso, desde entonces, nosotros los zorros tenemos una cola tan bonita”.

V. Final

Cuando el zorro terminó su historia, todos aplaudieron la historia de los otros y estaban contentos. Pero cuando miraron al cielo, vieron que ya era medianoche y que era la hora de irse a dormir. Se fueron a sus casas, el flamenco al borde del río, el manatí al río y el zorro al bosque, prometiéndose volver al río al día siguiente para compartir más historias.

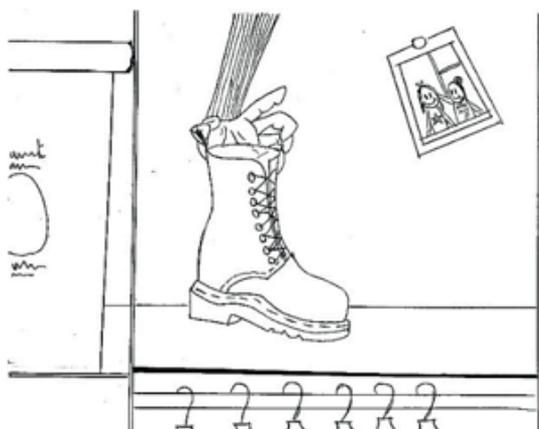
LOS ZAPATOS OLVIDADOS

Valentina Sotelo García

Sección Internacional Española de Saint-Germain-en-Laye

Tercer premio

Valentina era la pequeña hija de una familia de tres hermanos. Ella tenía un par de botas que eran sus preferidas, las adoraba porque eran muy cómodas, además de ser muy lindas. A ella le gustaba siempre estar muy arreglada, pero no podía usar sus botas todo el tiempo, las limpiaba y las cuidaba mucho, a pesar de tener otros zapatos, a los que descuidaba y no limpiaba.



Una noche estaban las botas en el armario, limpias y listas para salir con ella al día siguiente. Los demás zapatos se acercaron a ellas y les dijeron lo afortunadas que eran de que Valentina las quisiera mucho. Unos de ellos dijeron: "A todos nosotros ha ido olvidando y abandonando poco a poco". Se fueron acercando los demás, y entre ellos estaban algunas zapatillas deportivas, pantuflas, sandalias y bailarinas. Una de las zapatillas deportivas dijo: "Nosotros éramos sus zapatillas preferidas

29

y ahora solo vamos con ella a la escuela cuando es el día que hace deporte, nos gustaba jugar con sus amigos y nos gustaba jugar al fútbol, terminábamos agotados pero muy contentos". Las sandalias dijeron: "A nosotras solo nos usó el verano pasado, y estamos seguras de que muy pronto ya no estaremos aquí, porque Valentina ha crecido y ya no somos de su talla, seguro que su madre nos regalará, a nosotros nos llevó a la playa, y nos divertimos muchísimo, bailamos y corrimos, pasamos momentos muy felices con ella, conocimos el mar, pudimos sentir la arena y nos cuidaba mucho y nos limpiaba cuando estábamos sucias, nunca volveremos a pasar momentos como esos..."

Las botas se sentían muy tristes por lo que sus compañeros les estaban contando, y comenzaron a pensar en qué podían hacer para que Valentina también quisiera usar sus otros zapatos como a ellas, y pudieran seguir siendo felices al salir un poco del encierro donde se encontraban empolvados y abandonados. Y tuvieron una gran idea para ayudar a sus amigos a que la pequeña los usara, y poder compartir momentos con ella, Al día siguiente, Valentina estaba preparándose para ir a la escuela y la lluvia caía fuertemente.

Valentina, al ver esto, vio sus botas tan limpias, y pensó: "No puedo llevarlas, ¡se mojarán y se estropearán! Será mejor que use las botas viejas que tengo de goma". Rápidamente, como ya no había tiempo, tomó las viejas botas de goma y se

las puso, y se fue a la escuela. Los demás zapatos se dieron cuenta de que esta vez la pequeña niña había cambiado sus botas preferidas por unas viejas botas que ya no usaba, y todos se pusieron muy contentos al ver ese cambio en la decisión de la niña. Durante esa mañana, Valentina jugó con sus amigos en la escuela y, como había llovido, saltó en algunos charcos de agua que se encontraban en su camino, las viejas botas regresaron a casa muy contentas al darse cuenta de que Valentina había disfrutado estar con ellas y habían vuelto a saltar en el agua, cosa que no podía hacer con sus otras botas. Al regresar, estas contaron a todos los zapatos lo contentas que estuvieron y lo cansadas que regresaron.



30

Las botas preferidas llevaron a cabo su plan y se escondieron para dar la oportunidad a los demás de salir al día siguiente. Valentina no las vio, y se puso unas zapatillas deportivas con brillos y, al llegar a la escuela, sus amigas le preguntaban donde las había comprado porque eran muy lindas. Ellas caminaban orgullosas al escuchar lo bonitas que eran y se sentían muy contentas, Valentina regresó feliz a su casa tras escuchar lo que sus zapatillas deportivas habían hecho.

Después de ese día, la hermosa pequeña se dio cuenta de que había dejado de hacer cosas como saltar en el agua con sus botas de goma o usar sus brillantes zapatillas deportivas. Corrió a su armario y comenzó a ver sus zapatos, los limpió, ordenó y arregló para tenerlos listos para usarlos. ¡Se sentía tan contenta y afortunada! Había algunos

muy nuevos, pero ya eran pequeños para ella, entonces Valentina le pidió a su madre si podían regalarlos a otras niñas que los necesitaran. Las hermosas botas, salieron de su escondite al ver que ella comenzó a acomodarlos y valorarlos a todos por igual.

Al final, todos quedaron muy limpios y listos para salir, estaban felices, porque Valentina los usaba a todos, y cada día al regresar, los limpiaba y acomodaba para que estuvieran listos para sus nuevas aventuras.

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE
NARRACIÓN / RELATO BREVE
12-13 AÑOS

SANGRA MI CORAZÓN DE HIELO

Sofía Beaudonnet Camoletto

Sección Internacional Española de Ferney-Voltaire

Primer premio

Cuando era pequeña, hace ya tanto tiempo que no recuerdo cuando, mi mamá me pedía que pusiera una bufanda, un gorro y guantes para ir a jugar con mis amigas. Hay que decir que en esos tiempos, si no te abriganas bien, tenías muchas probabilidades de pillar una neumonía. El frío era un enemigo común al que todos debíamos resistir, ancianos y jóvenes, machos y hembras, fuertes y débiles. Ya sé que os estáis preguntando: “¿Por qué las montañas de hielo marino temían al frío, que les permite sobrevivir?” Sé que os puede parecer raro, pero en esos tiempos hacía tanto frío que incluso nosotras padecíamos la mordedura del invierno.

En esas temporadas, el Ártico era un lugar de paz, silencio y belleza. Claro, la lucha por la vida era dura y la ley del más fuerte era inevitable entre las especies que transcurrían su existencia por nuestros alrededores. Pero todas conocían y respetaban el orden inmutable del suceder de las estaciones, del nacer, del crecer y de la muerte. Todos jugaban su papel en la sinfonía de la vida polar y nosotras, montañas de hielo, éramos a la vez el escenario y los espectadores de esta eterna obra.

32 El Ártico estaba antiguamente formado por nosotras, las montañas de hielo, que estábamos muy cercanas las unas de las otras. Yo nunca había visto ninguna de las mías morir, era algo impensable. Pensar que uno de esos enormes bloques de hielo celestes y brillantes como un diamante desapareciera, resultaba inconcebible. Nosotras estábamos habituadas a ver nuestros amigos los animales morir, aunque fuese muy triste, pero así era su vida.

Un día, cuando ya no era tan joven, el paraíso acabó. Era uno de los días más calientes y hermosos del año. El cielo era de un azul cristalino, inmaculado, fuerte y espléndido. En cierta manera reflejaba nuestro estado de ánimo. Siempre he pensado que el clima, animal salvaje imprevisible e indomable, se apodera de nuestros sentimientos y los manipula. Ensimismada en esas reflexiones, mecida por la cálida brisa y acariciada por los rayos del sol, escuchaba el silencio que me envolvía, un silencio suave y reconfortante.

De repente, un ruido ensordecedor me despertó de mi somnolencia. Nunca, en toda mi larga vida, había escuchado algo tan fuerte y desagradable. Era un zumbido irritante, insoportable, que hacía vibrar hasta el cielo. El sonido se iba acercando, cada vez más fuerte, acompañado por un olor nauseabundo, irrespirable. Empecé a toser, tal era la pestilencia que se infiltraba en mí. Quería conocer el origen de tal caos, que interrumpía nuestro cotidiano, pero no tuve que esperar mucho, porque lo vi. Sí, lo vi, el monstruo que me persigue, a mí y a mis sueños.

En mi lejana infancia había visto ballenas, pero la masa oscura y humeante superaba en tamaño a los animales más grandes que se podían imaginar. La pesadilla que se acercaba transportaba humanos, parecidos a pequeños puntos. Yo conocía a los hombres gracias a las historias que me contaba mi abuela. Respirar se convertía en una molestia, pero lograba ver a través de mis ojos llenos de

lágrimas mi familia, mis amigas, que se cubrían de humo gris, caliente y fétido. Las vibraciones del monstruo llegaban a la parte más profunda de mi cuerpo y, medio asfixiada, se produjo un gran estruendo. Con horror vi que la máquina había chocado con mi tía, que estalló en miles de pequeños fragmentos de hielo. No pude luchar, y un velo negro cubrió mis ojos.

Cuando desperté, me sentía muy débil y me dolía todo. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. Afortunadamente, el zumbido había cesado, y el gigante había desaparecido. Súbitamente, me acordé de mi tía, y miré hacia ella, pero no había nada más que agua. Mi tía siempre había sido muy pequeña y frágil, pero, ¡qué atrocidad terminar su vida así, sin poder decir adiós, estallando como un vulgar objeto! A partir de ese momento, empecé a desconfiar de los humanos, porque estaba segura de que eran ellos, los hombres, los que habían invadido nuestros hogares. Con mi familia lloramos mucho a mi tía y empezamos a odiar a los humanos. Era un odio profundo, amargo y potente.

Desafortunadamente, el sosiego no duró mucho. Algunos días más tarde, otro monstruo llegó, y fue lo mismo durante semanas y semanas. Las máquinas se sucedían, día tras día, y un fenómeno muy raro empezó. La temperatura aumentaba. Al principio era algo imperceptible, pero con el tiempo adquirió proporciones preocupantes. Empezó con inviernos más soportables, lo que nos alivió a todos, pero pronto los veranos se convirtieron en terribles sufrimientos. Hacía mucho calor, un horno infernal remplazaba las brisas cálidas y nosotras, las montañas de hielo, sudábamos, goteando y esperando no derretirnos.

Ahora estoy reducida a menos de la mitad de lo que era antes, debido al calor inmenso que, estoy convencida, provocan los humanos.

Mi familia está desapareciendo a un ritmo alarmante, los osos polares, que no tienen hogar ni comida, mueren por decenas, nuestro querido sol se ha convertido en nuestro verdugo.

Necesitamos ayuda.

Escribo esto para que alguien lo lea.

... Sangra mi corazón de hielo...

SU CAMISA ROJA DE CUADROS

Noa Aguilar Moreno

Sección Internacional Española de Saint-Germain-en-Laye

Segundo premio

Tuve una gran pelea con mi madre. No como las de todos los días, que si quiero comer o no. Esta vez fue una gran pelea, las dos gritábamos, las lágrimas corrían por mis mejillas... Hacía ya tres meses que mi padre había muerto, y mi madre no se había acordado de que hoy sería su cumpleaños. Le dije de celebrarlo, pero se enfadó y me empezó a gritar. Cuando ya no pude más, salí corriendo. Corrí y corrí bajo un cielo azul, del que no paraban de caer enormes lágrimas como las que me caían a mí de los ojos. No sabía hacia donde me dirigía, solo corría y lloraba. Podrían haber pasado diez minutos o treinta, no lo sabía, pero por fin me paré. Estaba en medio de un bosque que no conocía y grité. Grité con todas mis fuerzas, saqué todo lo que tenía dentro. Luego avisté una roca, aún con lágrimas cayendo como riachuelos de mis ojos rojos, me acerqué a ella y me senté encogida de rodillas y seguí llorando.

34

Pasó como una hora y después vi una luz a lo lejos. Parecía que se acercara cada vez más y más a mí. Yo estaba inmóvil en la roca, pero prestaba mucha atención. Cuando la luz se encontraba a unos pocos metros de mí conseguí avistar a alguien. Lo reconocí enseguida. Su pelo marrón despeinado y su camisa roja de cuadros que tanto le gustaba a mi padre. Pero no era posible, mis ojos me engañaban. Mi padre había muerto en una explosión en las oficinas de su trabajo hacía unos meses. Pero, sin embargo, estaba allí delante de mis narices, vestido con su camisa favorita y unos pantalones de pana. Me quedé quieta por unos segundos, asimilando la situación. De repente estiró la mano hacia mí, como si quisiera que nos saludásemos o algo. Sonreía con una sonrisa de oreja a oreja. Tras reflexionar unos segundos, me decidí y le tendí la mano. De repente todo se desvaneció, no quedaba nada, solo yo y mi padre en medio de la nada. De todos modos, no me dio tiempo a verlo bien ya que un par de segundos después, de la misma manera que todo se había ido, todo volvió a aparecer. Pero ahora, estaba en mi casa, en mi habitación, como si me hubiese teletransportado.

Empecé a mirar a mi alrededor. Mi padre no estaba ¿se habría quedado en el lugar “de la nada” donde hacía unos minutos había estado junto a mi padre? Notaba mi habitación diferente. Había algunas cosas que faltaban, otras que no tenía cuando me había ido al bosque. Y de repente oí: “Samantha, baja a merendar”. Era mi madre, abrí la puerta y bajé las escaleras. Mi madre estaba en la cocina, sacando unas galletas del horno. No la reconocía, no parecía triste y enfadada como lo estaba cuando nuestra pelea. Mejor dicho, como lo estaba desde que murió papá. Parecía feliz, como si se hubiese olvidado de que papá estaba muerto o de la pelea de esta mañana. Y, entonces, miré hacia el comedor y allí estaba mi padre, sentado en la mesa con un periódico en las manos. Pero no era el mismo que había visto antes, este no emitía esa rara luz y llevaba una ropa distinta. Ahora llevaba una camisa azul marino de rayas y un pantalón vaquero. Todo me empezó a dar vueltas y el estomago se me revolvió. Fui a la

cocina mareada y pregunté a mi madre: “¿Qué hace aquí papá?” Mi madre me miró con preocupación y me dijo “Él vive aquí”. Luego le pregunté “¿Qué día es, mamá?” y mi madre aún más preocupada me dijo: “Tres de febrero cariño, ¿te encuentras bien?” Ahí dejé de respirar, el corazón se me paró, tres de febrero, el día que murió mi padre. Entonces comprendí por qué estaba allí, por qué me había enviado allí mi padre. Tenía que evitar su muerte.

Este mismo día mi padre tenía una conferencia de trabajo a las cinco de la tarde. En el transcurso de esta, mi padre moriría, y mi deber era evitar que fuese a esa reunión. Lo primero que hice después de que mi madre me dijera la fecha, fue ir al comedor a abrazarle. Le abracé con todas mis fuerzas, probablemente pensó que estaba loca, pero disfruté ese abrazo como si fuese el último. Luego miré la hora, eran las cuatro y media. Tenía media hora para convencer a mi padre de que no fuese a la conferencia. Luego me senté en la mesa y empecé a hablar con él. Estaba muy feliz. Lo primero que le dije fue: “No vayas al trabajo esta tarde”. Me miró con cara extraña y me dijo que tenía que ir, que era muy importante. Durante esa media hora, se lo supliqué de mil maneras. Pero no quería escucharme. Estaba empeñado en ir. Era difícil decirle que su oficina iba a explotar si no había pasado aún. Le escondí las llaves del coche, pero tenía otras; le intenté entretener, pero no había manera de que se olvidara de esa maldita reunión.

Entonces anunció que se marchaba ya al trabajo. Yo ya me había rendido, estaba llorando otra vez. Pensé que, de tanto que había llorado ese día, no podría llorar nunca más. Entonces me planté en la puerta de casa, otra vez llena de lágrimas, los ojos rojos y con voz quebrada le supliqué por última vez que no fuese. No sé de dónde saqué el valor, pero le dije: “Por favor, papá, no vayas, no quiero que mueras, por favor, quédate”. Tras ver cómo estaba de destrozada, se levantó se quitó su abrigo y me dio un abrazo. De repente todo se desvaneció. Esta vez me dio lástima, podría haberme pasado toda la vida sumergida en ese abrazo. Volví al limbo y unos segundos después me encontraba otra vez en la roca. ¿Significaba eso que había salvado a mi padre? Pero parecía que no hubiese pasado nada, como si hubiese sido todo un sueño. Pero no podía haber sido un sueño, acababa de salvar a mí padre. No, no podía ser un sueño.

Entonces me levanté y corrí hacia mi casa, solo quería saber si mi padre estaba vivo. Corrí y corrí y llegué por fin a casa. Abrí la puerta y grité: “¡Papá!”. Mi padre se asomó a la puerta y corrí y salté a sus brazos. Estaba llorando, pero esta vez no de tristeza ni dolor. Esta vez estaba llorando de alegría, ¡mi padre estaba vivo y yo lo había salvado! En la cena le pregunté qué pasó el tres de febrero, y mi padre me respondió: “Ya te lo he contado mil veces. Cuando decidí quedarme en casa después de tu numerito, mi oficina explotó, tal y como tú dijiste”. Y yo respondí mintiendo “Pues qué casualidad, porque yo solo quería pasar más tiempo contigo”.

DÍA DE LOS MUERTOS O CÓMO VER A LA MUERTE

Eurydice Masson

Sección Internacional Española de Ferney-Voltaire

Tercer premio

Hoy es dos de noviembre. El dos de noviembre no es un día ordinario. Se preparan platos de mil y un sabores, se plantan flores de cempasúchil, se decora el hotel con fotos de los abuelos fallecidos y papel picado, se llena la plaza de mariachis y de familias construyendo sus altares. Y, cuando llega la noche, se encienden velas en toda la plaza cubierta de altares y, mientras los niños corren y juegan disfrazados en esqueletos y que los mariachis cantan alegremente, las familias se reúnen para festejar el Día de los Muertos.

En San Paulo, mi pueblo, el Día de los Muertos es un día sagrado. Como me lo contaba la abuela de pequeño, en la noche del dos de noviembre, los espíritus de nuestros antepasados cruzan el camino entre el mundo de los muertos y el de los vivos para llegar hasta el altar que preparamos y cubrimos de ofrendas. Es un día en el que toda la familia se reúne. A todo el mundo le encanta el Día de los Muertos. A todo el mundo menos a mí. Yo, Juan, lo odio. Ustedes se estarán preguntando por qué odio ese día maravilloso. A mí también me gustaba mucho el Día de los Muertos, hasta ese fatídico dos de noviembre. Yo tenía apenas 11 años.

36 Tenía una hermana, María, de 14 años. Era increíble. Juntos, corríamos por la plaza y comíamos galletas que ella hacía. La verdad es que María era una pésima cocinera, y las galletas eran asquerosas, pero, comiéndolas juntos sobre el techo de la casa, me parecían deliciosas. Por la tarde, íbamos juntos a la plaza a escuchar a los mariachis borrachos y, cuando terminaban su última canción, María me llevaba al cementerio para hacer ofrendas a nuestro padre fallecido, lo que para ella era muy importante. Después, nos sentábamos sobre la hierba seca y mirábamos la puesta de sol comiendo helados. Yo siempre comía un helado de fresa y ella uno de chocolate. María era increíble. Con ella, viví once años maravillosos.

Eso duró hasta el dos de noviembre 2016. En ese Día de los Muertos, había más gente de lo habitual. También había más coches. Y más niños. Estábamos jugando en la plaza cuando un coche llegó a toda velocidad. Una pequeña niña estaba sobre su camino. Mi hermana corrió y empujó a la pequeña. Pero, al intentar irse, se cayó y...el coche no paró. Corrí hacia ella gritando su nombre con todas mis fuerzas, pero alguien me detuvo. Supongo que, si no lo hubiera hecho, no estaría aquí para contárselo. Vi a mi hermana morir. Cuando el coche se fue, lo perseguí gritando, pero entonces, escuché mi nombre en una voz que nunca olvidaré. Corrí hacia mi hermana lo más rápido que pude y la tomé en mis brazos, llorando. Ella me sonrió tristemente y me dio su gorra verde que siempre tenía con ella. Entonces, me dijo:

–Nunca abandones, Juan. Vive tu vida y no dejes que nada ni nadie te impida ser feliz.

–María, no me dejes solo....

–No estás solo Juan. Nunca estarás solo. De alguna manera, siempre te cuidaré.

Esas fueron las últimas palabras que dijo la persona que me cuidó toda mi vida. Odio el dos de noviembre. No veo por qué a la gente le gusta tanto celebrar la muerte de los que querían. Nunca pude superar la de María. Y no veo porque lo haría. Sin María, ni siquiera vale la pena vivir. La odio. Entregó su vida para alguien que ni siquiera conocía. Y destruyó mi vida.

Desde ese día, me paso todos los días en mi cuarto encerrado, sin ver a nadie. Por la tarde, voy al cementerio y me quedo allí como un estúpido hasta media noche.

Esta mañana, al despertar, mi madre me trajo el desayuno, lo que era bastante habitual. Se sentó sobre mi cama y me miró con una triste sonrisa. Me dijo con su voz tan dulce:

–Tendrías que ir al cementerio hoy, Juan. Puedes ir solo, pero ve a llevar algo, y por una vez, acércate a la tumba de María y entrega alguna ofrenda. Es lo que ella hubiera querido.

Generalmente, mi madre no podía hablar de su hija sin ponerse a llorar. Decidí que iba a hacerle caso por una vez, si es lo que mi hermana hubiera querido.

Pasé el resto del día en mi cuarto, mirando como un estúpido la gorra de mi hermana, hasta que a las seis de la tarde decidí salir por la ventana de mi cuarto para no ver a toda mi familia reunida en la sala. Me puse la gorra verde y una sudadera blanca que encontré por el suelo de mi cuarto y abrí la ventana. Pasé mis piernas al exterior y eché un vistazo hacia la plaza que empezaba a llenarse poco a poco de gente. Respiré un poco de aire fresco y, agarrado a la canaleta, me dejé deslizar hasta el suelo. Luego, caminé hasta el cementerio con la gorra puesta casi sobre la cara para que nadie me reconociera. En camino, compré un helado de chocolate y una flor de cempasúchil. Delante de la tumba de María, suspiré y puse sobre ella la flor y el helado con una mirada triste. Me senté y miré al sol escondiéndose detrás de la pequeña iglesia que tenía el cementerio. Fui cerrando los ojos y me dormí con una lenta lágrima que se deslizaba por mi mejilla.

Cuando me desperté, ya era de noche. Me senté lentamente y miré hacia la tumba de María. La flor y el helado habían desaparecido. Seguramente fueron unos niños estúpidos que se los habían llevado. Estaba mirando el suelo, cuando sentí algo sobre mi hombro. Me puse de pie inmediatamente y me volteé para ver a... ¡un esqueleto! Di tres pasos hacia atrás y me choqué contra una piedra. Me caí y me puse a temblar de miedo. No veía la cara por la oscuridad. Quise irme corriendo, pero mis piernas no respondían. Lo único que pude hacer fue tomar mi gorra y lanzarla con todas mis fuerzas. El esqueleto la atrapó y se puso lentamente de rodillas. Estaba a punto de gritar, pero en ese momento vi su cara. Tenía el pelo corto y rojo como mi padre, y en su rostro blanco como la nieve se dibujaban unas asombrosas flores rojas y naranjas, en sus mejillas. Llevaba un vestido de colores del sol, pero, lo más extraordinario era que tenía en su cabello mi flor y que se estaba comiendo con una sonrisa que reconocí enseguida el helado que había comprado.

–¿María? –pregunté con una voz tímida.

El esqueleto inclinó suavemente su cara hacia mí y me ofreció una sonrisa, sinónimo de "sí". La abracé con todas mis fuerzas. Corrían lágrimas por mis mejillas,

pero de pura alegría. Nos quedamos durante unos minutos que parecieron años, y nos sentamos frente a su tumba. Nos quedamos así una hora o más, por fin juntos entre las velas del cementerio. Hacia las once de la noche, se puso delante de mí y colocó la gorra sobre mi cabello oscuro. Me abrazó una última vez y me sonrió. Al despertarme comprobé que mi hermana se había ido, y me quedaba yo solo. Pero esta vez no lloré. Me levanté, y con un último vistazo hacía la tumba de María, me fui sonriendo hacia mi casa para festejar el Día de Muertos con mi familia.

Todo esto ocurrió hace dos años. Ahora tengo dieciséis, y cada Día de los Muertos voy al cementerio con mi familia, y festejamos alegremente. Ahora lo entendí. Mi hermana siempre me cuidó, incluso después de su muerte lo seguía haciendo, y lo seguiré haciendo siempre a través de la gente que quiero.

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE
NARRACIÓN / RELATO BREVE
14-15 AÑOS

UN VIAJE SIN RETORNO

Adriana Gutiérrez Mancilla

Sección Internacional Española de San Juan de Luz-Hendaya

Primer premio

“Señoras y señores pasajeros, estamos atravesando una zona de turbulencias. Les rogamos permanezcan sentados con el cinturón de seguridad abrochado y con los asientos en posición vertical, gracias”, anuncia el piloto por megafonía.

Desde el interior del avión se puede oír cómo el viento choca bruscamente contra sus imponentes alas. Qué irónico, ¿no es cierto?, cómo una máquina de semejante envergadura pueda ser derrotada por las fuerzas del mundo. La nave da un giro sobre sí misma, descendemos rápidamente, parece que el universo fuese a derrumbarse cuando en realidad somos nosotros quienes caemos hacia el vacío. Los rostros de los pasajeros que me rodean se vuelven pálidos al entender lo que está sucediendo. Se oyen gritos, algunos cierran los ojos, otros rezan o agarran con fuerza las manos de sus compañeros de fila. Las azafatas intentan tranquilizar a todo el mundo, aunque ellas también temen nuestro fatídico destino. Esperamos con ansias que el piloto vuelva a intervenir, pero, nada, no se escucha nada más que los lamentos desesperados de unos sentenciados conocedores de su pena.

40 En cuanto a mí... ¿cómo explicarlo?... estoy tranquilo. Gritar, alarmarme o llorar no hará más que empeorar la situación.

Estaba leyendo por tercera vez mi libro favorito, *Crónica de una muerte anunciada*. Sonreí al volver a mirar en sus páginas algunas frases subrayadas con amarillo chillón; otras, en las que se encontraban mis fragmentos preferidos de aquella novela de misterio, tenían las esquinas dobladas.

Recordé la primera vez que la tuve entre mis manos, cuando mi mujer, Bárbara, me la regaló por mi cuadragésimo quinto cumpleaños. Recordé con qué ansias devoré sus páginas en mi primera lectura. Volví a sentir de nuevo el revoloteo en el estómago mientras avanzaba poco a poco en la historia. La intriga por conocer la verdad detrás de aquel extraño asesinato renació en mí. Al terminarlo, como sucede con la mayoría de libros, acabó destinado en el fondo del cajón de la cómoda de mi dormitorio.

Lo saqué de allí dos años más tarde cuando fui con mi mujer de vacaciones a Colombia, para así poder comparar las descripciones del libro con la realidad. Es curioso cómo las palabras de García Márquez volverían a acompañarme en este último viaje, así como plasmaron el de Santiago Nasar. Las máscaras de oxígeno caen y me la pongo tranquilamente. Ayudo a la mujer que está en el asiento de al lado, trato de secar las frías lágrimas que descienden lentamente sobre sus pálidas mejillas.

Cierro los ojos. Pienso en la maravillosa vida que he tenido junto a mi familia tan amada. La memoria me lleva a mis primeros años de vida, cómo, desde bien niño, desarrollé este amor por la lectura y por la cultura. Volví a mis años de juventud cuando, a escondidas de mis padres, me escapé a un bar donde se tocaba jazz. Todavía puedo escuchar el bandoneón, el sonido de las cervezas al abrirse. Puedo ver cómo se llenaban los ceniceros al igual que mis pulmones de ese olor

a tabaco negro, al amargo gusto en la garganta que el olvido jamás se llevará de mi memoria. ¿Cómo olvidar esa absurda y maravillosa sensación de sentirme libre, aunque sabía que no estaba haciendo lo que era correcto?

La nostalgia me llevó también a la primera vez que vi a la que iba a convertirse en mi mujer, años más tarde, en un parque de mi barrio. Me devuelve esa magia que sentí al cruzarme con sus dulces ojos aquella mañana de otoño. Sus labios entre los míos. Reviví nuestra boda, cómo se me detuvo el corazón al verla vestida de blanco. Hará ya casi dos años que se marchó tras una enfermedad. Ella era mi vida, y ahora sólo espero que al final de esta aventura pueda volver a tenerla entre mis brazos.

Me dejó dos hijas maravillosas, Isabel y María. Estoy tan orgulloso de ellas... María se ha vuelto una científica excelente e Isabel la mejor profesora del mundo. ¡Y cómo olvidar mi trabajo! Mi trabajo... ese trabajo que me ha llenado toda mi vida de felicidad. No hay ni un solo día que no me haya levantado con una sonrisa dibujada en la cara, con ganas de comerme el mundo. Mi socio Klarc... ¡Ay Klarc!... Cómo olvidar esos enfados, por nunca ponernos de acuerdo en nada. Empezamos con un restaurante y acabamos con una exitosa empresa. Además de ser el mejor empresario, ha sido mi mejor amigo. Setenta años tengo ya... setenta años de amor hacia la vida.

Levanto la vista de mi libro, ya que no consigo concentrarme con tanto ruido. Miro la ventana. Nos dirigimos cada vez más rápidamente hacia el suelo y lo único que veo son nubes y más nubes. Me giró y veo a mis compañeros de fila. Es una pareja de jóvenes. Ambos se están dando la mano y no pronuncian ni una sola palabra. A veces las palabras sobran. Sus miradas se cruzan. Esas miradas llenas de amor. Ojalá sobrevivan y puedan tener una vida tan bella como la que yo tuve. Delante de mí hay un niño absorto en un videojuego. Debe tener más o menos 5 años. Los niños... esas criaturitas que tienen por delante toda una vida que sonríen a pesar de los malos momentos y que, sobre todo, alumbran hasta los más profundos y oscuros túneles con sus miradas inocentes.

Alzo la mirada. La veo entre toda esa gente. Nadie parece verla. Lleva una capa por lo que no se le puede ver la cara. Se dirige lentamente hacia mí. Yo no le tengo ningún miedo. Estoy tranquilo. Está cada vez más cerca. Me quito la máscara de oxígeno a pesar de que la azafata me dice que no lo haga. Ella tampoco parece verla. Me levanto de mi asiento y me dirijo poco a poco hacia ella. Estamos a nada más que unos metros de distancia, pero ya siento una tranquilidad profunda. Miro mi reloj: parece que el tiempo se ha parado, las 12:30. Alzo mi mirada y la veo claramente. Es una simple silueta recubierta con una capa blanca con algún que otro reflejo dorado. Estoy seguro de nunca haberla visto antes, pero parece que nos conocemos desde hace años. Pronuncia una serie de palabras en un idioma extraño pero que, para mi sorpresa, entiendo. “¿Está usted seguro?” Sin dudar ni un segundo, asiento con la cabeza. Entonces me ofrece su mano. La cojo y una sensación indescriptible me invade. Es una especie de calma, tranquilidad y adrenalina al mismo tiempo. Creo que la palabra que mejor lo describe es PAZ.

Pasamos entre la gente que por lo visto no percibe nada. Me lleva a un lugar que no había visto al entrar en el avión. Es una puerta dorada. La abre con una llave que cuelga de su cuello. Una luz radiante sale de ella de repente. Antes de

atravesarla, miro atrás. Ahí, frente a mí: Isabel, María y Klarc. Sus miradas están llenas de orgullo y de tristeza a la vez. Veo que de la mejilla de Klarc cae una lágrima. Me río para mis adentros. Nunca me había demostrado tanto cariño pese a que siempre he sabido que me quiere. Ahora sé que es más que mi mejor amigo: es mi hermano. María aprieta con fuerza la mano de su hermana. Me siento tan afortunado de haberlas visto crecer... pero no tienen por qué estar tristes. Una sonrisa se dibuja en mi cara. Tal vez sea la última. Vuelvo mi mirada hacia la puerta y sin pensarlo, la atravieso...

MEMORIAS DE UNA AMNÉSICA

Nahia Gurrutxaga Pabois

Sección Internacional Española de San Juan de Luz-Hendaya

Segundo premio

–¿Les gusta el té?

Dos mujeres, sentadas en divanes de un suave color pardo que recordaba a las castañas de otoño, asintieron. La anciana situada en frente de ellas se levantó y se dirigió a su cocina, de donde emanaba un dulce olor a canela que se propagaba por toda la estancia. Mientras que la infusión hervía, las damas sacaban plumas y papel; esperaban pacientemente y sin intercambiar ni una sola palabra, a aquella mujer que les daría información sobre la guerra de 1918, sesenta años atrás. El silencio de la casa no era molesto, y el instinto les invitaba a preservarlo. La anfitriona regresó con una tetera y tazas de color marfil pintadas con ligeras flores azules.

–Así que son historiadoras, ¿eh?

Ellas asintieron con una determinada mirada, y le explicaron la razón de la inesperada visita; al oír que querían testimonios de la guerra pasada, la mujer sonrió con amargura. Al abrir la boca, las palabras de la anciana fueron absorbidas por las cronistas como lo hacen las escolares al escuchar hablar a su maestra.

–Qué irónica puede resultar la vida, ¿no les parece? Necesitan declaraciones para estudiar una época pasada, y únicamente una amnésica puede cumplir con sus deseos.

Cuando desvió su mirada hacia la ventana, sus ojos se volvieron azules y melancólicos.

–Siempre me costó recordar las cosas. Le daba más importancia al momento, al presente; me alegraba con simples hechos que a cualquiera le hubieran dejado indiferente. Por la noche, quería rozar con la yema de mis dedos aquellas estrellas que brillaban con tanta fuerza, en lo alto, sobre mi cabeza; quería admirar esos puntos de luz pura hasta que manchas azabaches y rojizas aparecían nublar mi visión. Y cuando una dulce brisa de verano soplaba en mi cabello, lo hacía bailar alrededor de mis mejillas y el cálido viento, que durante el día había sido abrasador, transportando granos de arena que se depositaban en el techo de las casas y las volvía naranjadas, acariciaba mi piel, sonreía de felicidad. Así que cuando resulté ser amnésica, después de varias pruebas en numerosos hospitales, al principio, les importó más a mis padres que a mí que ciertas partes de mi vida, demasiado estresantes y angustiantes, estén borradas de mi memoria, como si un gran vacío las hubiera dañado. Es amnesia lacunar. Ellos se inquietaron por mi futuro, mis estudios, pero, para mí, todo aquello pertenecía a otro mundo totalmente diferente; el universo de los adultos y de las prisas, situado lejos de mí, así que no le di importancia. El mundo misterioso llegó a mí más pronto de lo que me imaginaba. A los diecinueve años fui prometida al hijo de una familia amiga de la mía –nos llevábamos estupendamente–. Pero, un día, numerosos hombres adhirieron en todo el pueblo las mismas hojas de aspecto oficial y frío; cada vez que clavaban un nuevo ejemplar, mi corazón sangraba más y más. Supongo que ya sabéis de lo

que se trata. Esos carteles ordenaban a todos los hombres del país tomar las armas y unirse al ejército. El rostro de mi prometido se va, poco a poco, como humo de chimeneas, de mi memoria; ya no recuerdo de qué color tenía los ojos, o cómo sonreía.

Una única lágrima rodó por la mejilla de la anciana, pero siguió hablando, ya que ella no podía parar, aunque lo quisiera, no tenía que pensar para formar palabras; la historia surgía de su boca naturalmente, acompañada por un dolor que, a pesar de los años, no disminuía, sino que ella simplemente se habituaba a su presencia.

—Desde allí, me enviaba cartas, pero... no... no recuerdo su contenido. Tampoco sé dónde las puse. Lo siento, señoras —Mientras hablaba, rozaba su taza con el dedo; seguía las curvas de las flores—. Sin duda fue el peor momento de mi vida, tanto por la lejanía de mi prometido, como por el miedo a la guerra. Pero como cada día anunciaban más y más pérdidas humanas, decidí unirme al ejército como enfermera. Superé el miedo a la violencia, la inquietud de mis padres y el pánico que le tenía a todo lo que se acercaba a la medicina. Supongo que pensarán que era valentía, pero no lo creo; sencillamente había que hacer algo, alguien tenía que actuar. Mi visión del mundo cambió para siempre; tal sufrimiento y horror no debería ni pasar por la mente de ningún ser vivo. Todo era dolor, miedo, angustia, desesperación y agonía. A veces, los soldados que sabían que su muerte sería inminente pedían plumas, papel y tinta; nos dictaban cartas para sus familias. No pueden imaginar cuánta emoción contenían; todo el amor vivido sobre papel. A pesar de las circunstancias, por la noche, salía bajo la luz de la luna y, admirando las estrellas, rezaba para que mi prometido sobreviviera. Y a causa de la falta de sueño, o de la tristeza, no lo sé, creía ver en los olivos la figura oscura de mi amado; corría hacia ella, pero siempre resultaban ser las nudosas ramas de los árboles que me engañaban. Entonces, dejándome llevar por el dolor, lloraba lo que me parecían eternidades, aunque no me importaba, pues podía disimular mi corazón destrozado de día, pero al oscurecer, todo inundaba mi mente y la ensombrecía. Así pasaron los años...

Dio un pequeño sorbo al té, y giró la taza en sus apergaminadas manos. Rozó su borde, y, de repente, cayó en el suelo. Pequeños pedazos se separaron del recipiente.

—Lo siento, señoras... es que... —Movié delicadamente la taza, y pudieron ver dos iniciales grabadas en una tenue y frágil escritura. Ahora, las lágrimas caían numerosas, humedecían sus mejillas, su cuello, como signo del inmenso dolor que la habitaba—. Son nuestras iniciales y han traído, súbitamente, un recuerdo y... Parece que trozos de memoria vuelven y se unen para contar una historia pasada... Sé dónde están las cartas. Si quieren seguirme...

Lentamente, se dirigieron hacia una diminuta escalera de olivo que crujió bajo su peso. La anciana posó la mano en su borde, siguiendo las curvas, como saludando a un viejo amigo perdido de vista mucho tiempo atrás. Bajo sus ojos, un desván ancho y polvoriento, donde muebles cubiertos por sábanas alzaban sus sombras hasta el infinito. Con dulzura, la mujer recogió en un mueble cartas anaranjadas por los años, que se parecían a trozos de su memoria. Abrió una de ellas y la leyó con una voz que dejaba adivinar un afecto sin límite:

Querida María, hoy hubo un espléndido amanecer entre los pinares. Pensé en ti, me recordó tus hermosos cabellos color otoño y tu calurosa sonrisa cuando me mirabas. Pienso en ti todo el día y por la noche, al oscurecer, cuando me levanto; ocupas cada minuto en mi corazón, cada latido te está destinado. ¿Sabes que me acuerdo del día que nos conocimos? Me sonreíste al verme, y en tus ojos una bella luz se hizo destellos. Nunca te olvidaré, María, a pesar de los kilómetros que nos separan, de los mares y los países que nos apartan. Nunca te olvidaré.

Tuyo, Roberto

La siguiente carta hizo temblar todo su cuerpo, como si su corazón quisiera salir de su pecho a fuerza de frenéticas pulsaciones. *Estimada señora, le damos nuestro más sentido pésame: el Sr. Roberto Gracia ha fallecido...* No pudo leer más, sumergida por el dolor, que era como una herida que se volvía a abrir y a sangrar. Tendió la carta a las historiadoras y se sentó en una vieja silla de roble. Cerró los ojos y apareció bajo sus párpados la imagen del rostro de su amado, borrada por el tiempo, dañada por los años.

–Nunca te olvidaré.

EL ARAGUANEY

Sara BouSSION Becerra

Sección Internacional Española de París

Tercer premio

Cuando tenía ocho años pasaba todos los fines de semanas con mi abuelo que inventaba historias y me las contaba. Siempre me fascinaron sus historias. Le podía escuchar hablar durante horas, aunque no entendía mucha cosa de lo que me contaba. Pasábamos juntos los domingos descubriendo siempre lugares que no conocíamos. Esto es un extracto de un diálogo entre mi abuelo y yo en el parque de la Pontevedra un domingo de mayo soleado.

–El parque de la Pontevedra es muy hermoso, ¿verdad?, es muy agradable pasear por sus caminos al borde del río Compostela. Si quieres, después iremos a ver a los patitos en el río, pero descansen un poco, que me duelen las piernas. Mira, nos podemos sentar aquí en este banco.

Veras, aquí hay miles de árboles, en este parque, pero el más bonito es ese que está en medio del césped, en el mismo centro del parque. ¿Lo ves? Es un araguaney.

Nació precisamente el 18 de marzo de 1924.

–¡Hace mucho tiempo!

46 –Sí, hace mucho tiempo. Se está haciendo viejo, pero no lo fue siempre. Primero, era muy pequeño, hacía la talla de una margarita, no más, y la gente al no verle, a veces lo pisaba.

–¡Pobrecito!

–Sí, pobrecito. ¿Sabes?, era un árbol frágil y delicado. Al medrar, encontró fuerza y ya se parecía más a un arbusto. Pero se puso enfermo, su tronco se volvió gris o rojo, no me acuerdo. Lo que sí me acuerdo es que no parecía respirar bien, como si se sofocase. Los guardianes del parque luego lo regaron y parece que eso lo salvó. Alcanzó entonces su talla adulta, pero ahora me parece que se ha curvado con el tiempo. Debe de ser la vejez, que le duele en la espalda. Antes florecía en primavera, daba muy lindas flores amarillas. Era su manera de expresarse.

–Pero los árboles no hablan.

–¿Sabes?, los humanos saben hablar para comunicar entre ellos, pero los vegetales no tienen boca para convertir en palabras sus ideas, pensamientos, sino que comunican con lo que podríamos llamar su propia escritura; lo hacen por ejemplo mediante las flores que atraen a las abejas o a los pájaros con quienes quieren discutir.

–¿Y tú ya le has hablado a los árboles?

–Sí, le hablé al araguaney. Es el único amigo que me queda. Pero ahora ya no da flores, entonces es más complicado hablarle, porque está triste, cansado y nostálgico.

–¿Y por qué ya no da flores?

–Da muy pocas, casi ninguna, pero aún puede tener alguna. ¿Sabes?, creo que la vida lo ha cansado o fue él quien se cansó de la vida.

–¡Qué pena! Me gusta mucho este árbol, ¿le podemos ir a hablar?

–No, ahora está descansando, no lo podemos estorbar. ¿Pero de verdad te gusta?

–¡Sí! De verdad. ¿Y a ti?

–Sí, me gusta mucho. Pero no fue siempre así. Hubo un tiempo en que no me gustaba nada. Me parecía demasiado solo en medio de tanto césped, como abandonado. Sus flores me parecían demasiadas amarillas y a la vez tan luminosas y tan tristes. Me parecía demasiado grande, demasiado ancho...

–¡Demasiado!

–Exactamente. Pero en ese momento yo solo me fijaba en su aspecto exterior, su materialidad. Con el tiempo entendí que la belleza no solo era física, sino también moral. Lo he visto en el árbol, he visto su tristeza, sus trastornos, su alegría, su sonrisa. Cuando eso lo entiendes, cuando entiendes lo que aportan la gente, los árboles, cuando entiendes la importancia de la belleza moral, la belleza de pensamientos, entonces puedes apreciar la belleza física y material. Fue así que nos volvimos amigos.

–Y entonces ahora el araguanero es guapo.

–Araguaney. Sí, es guapo. Pero siempre lo fue, lo que pasa es que no tomaba antes yo el tiempo de apreciar su belleza. A ver, levantémonos para ir ver a los patitos.

–¡Adiós, araguanero!

–Araguaney.

Desde ese momento, siempre quise volver a ver al árbol. Lo intenté hace cinco años, pero al no verlo en ninguna parte del parque, descubrí que el araguaney nunca había existido, era pura invención de mi abuelo. Le tuve entonces mucho resentimiento a mi abuelo por haberme mentado.

Hoy me he dado cuenta de que el árbol siempre existió, estuvo en nuestra imaginación, y para siempre. Hemos creado un recuerdo juntos que apreciaremos todo el resto de nuestra vida. En realidad, creo que mi abuelo deseaba que me diera cuenta de que este árbol no había nunca sido plantado para que me gustase más, que lo cuida más y de esa forma que me acuerde de él y de mi abuelo.

Este árbol era una metáfora de la vida de mi abuelo, el araguaney de mi corazón.

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE
NARRACIÓN / RELATO BREVE
16-18 AÑOS

LA CAÍDA

Inés Derouin Dehais

Sección Internacional Española de Saint-Germain-en-Laye

Primer premio

Otro día más. Otro más; me levanto, me visto, salgo. Ya puedo oír sus gritos desde fuera, siempre tienen que estar gritando, siempre. Rápido, a por el pan, o no quedará nada para mí. Qué hambre, por Dios. Rápido, rápido. Me dan el pan. Está más gris que nunca, pero me lo trago. Corro a las duchas, bueno, “las duchas”, esos lavabos parecidos a un comedero para cerdos llenos de agua no potable. Pero la orquesta ya ha comenzado a tocar, tengo que ir, rápido, rápido. Me hundo en la masa informe de rostros sin vida, y empiezo a andar. Delante de mí, un crío, que tendrá máximo dieciséis años, empieza a llorar; será nuevo. Bah, ya se adaptará, la cara se le volverá angulosa, el rostro gris o amarillo y la mirada vacía, y entonces dejará de llorar. En unos días, ya se habrá vuelto como nosotros.

Pasamos el portal *Arbeit macht frei* por la milésima vez y, de repente, me acuerdo de Teresa. No la he visto desde el arresto, y me pregunto si se acordará de mí. Yo sí que me acuerdo de ella. Espero que lleve su vestido amarillo cuando salga de aquí, que me abraze para que pueda oler su pelo, y que me diga que ahora que todo ha acabado, nos volvemos a Madrid. Qué hambre. Me pregunto si estará con otro hombre ahora, quizás ese panadero de la rue de Verneuil, que siempre la miraba y me ponía celoso. Bah, qué importancia tiene esto ahora. Qué hambre.

Llegamos al descampado. Lentamente, empiezo a levantar las vigas y a caminar hacia los rieles. Uno tras otro, otro tras uno, otro tras otro. El chico sigue llorando. Qué imbécil, le va a ver el *Kapo*, y pegarle una paliza. Igual le robo la cuchara esta noche, parece ingenuo y la mía está usada. Otra viga, otra más. Dios, me muero de cansancio, no puedo más. Qué irónico, escapar de una dictadura por ser anarquista, llegar a Francia y decidir no tomar parte en ningún partido político para después ser deportado por ser judío. Seguro que es el mierda del panadero quien me denunció.

Me llaman. Ahora tengo que ir a buscar sacos. Bah, siempre es mejor que las vigas. Cómo pesan. Venga, uno, otro, uno, otro. Me caigo. Antonio corre hacia mí: “Levanta, Fernando, rápido que te van a ver los guardias”. Que vengan. “Por favor, Fernando, levántate, que eres el único amigo que me queda aquí”. Qué pesado el Antonio, siempre lloriqueando. Total, ya es tarde, ya les veo acercarse. *Kaput, Duschel*, me intiman. Eso, *kaput, kaput*, no puedo más. Por favor, llevadme a donde habéis llevado a nuestras mujeres y a nuestros hijos.

El SS me da patadas para que me levante, pero me da igual. Ya que voy a morir, no me levanto más, que se las apañen. Al fin lo entienden, y me empiezan a arrastrar hacia un Block en el que nunca había estado. Pues sí que tenía razón el *Kapo* ese del primer día, de aquí sólo se sale por la chimenea. Qué alivio. Qué extraño me siento. Todo acaba bien, el crío se va a quedar con su cuchara, y yo me voy de aquí, liberado. Ya no soy esclavo del miedo, pero ellos sí siguen siéndolo, del odio. Se cierra la puerta de la ducha. Me pregunto dónde estará Teresa

PEDAZOS DE CORAZÓN

Salomé Boix-Guyard

Sección Internacional Española de Toulouse

Segundo premio

Es el momento en el que la chispa brota de la extremidad del fósforo, ese momento en el que el fuego corroe la madera, cada vez más rápido. Pronto no quedará nada. Casi siente la quemadura en el extremo de sus dedos.

—¿Cómo? Pero por Dios, Laura, ¿qué me estás diciendo? Basta, es imposible.

Bajo el efecto de la sorpresa, deja caer el vaso, que se despedaza inmediatamente en el linóleo grisáceo de la cocina. Estará soñando, ella no puede haber dicho esto, no se han entendido bien, como suele pasarles a menudo últimamente. La conoce, sabe que a veces se pone a gritar, a arañarse los brazos, a llorar hasta desmayarse, a odiarlo, a decirle que ya no puede aguantar esa vida, esa vida de incertidumbres con él, que siempre sale de gira con músicos. Pero suele arrepentirse, se enrosca entre sus brazos temblando, le pide disculpas, la vida sin él no tiene sabor, lo siente. Él levanta sus ojos empañados hacia el rostro duro de Laura, delicadamente enmarcado por su corte de pelo cuadrado, pero tiene calor, se tambalea y la mirada acerada de Laura le duele atrozmente. Entonces deja caer sus ojos en las esquirlas que se mezclan en el suelo. Pasa un minuto y se queda aturdido frente a esos pedazos de cristal y de corazón que yacen en el suelo de la cocina. Duda, ¿es mejor tirar el vaso roto o intentar volver a pegar los miles de fragmentos de su corazón destrozado? "Todo está jodido, ya no sirve para nada" piensa.

Con la mano temblorosa, agarra la escoba, lo recoge todo y, a duras penas, consigue alcanzar el cubo de la basura tambaleándose, bajo un silencio que espanta en un mundo que se derrumba. Se da la vuelta bruscamente hacia la mujer a la que ama y tartamudea:

—Laura, te juro que... —Ella lo detiene con un ademán de la mano, gira la cabeza para contener un sollozo y suelta:

—Adrián, me ahogas, me agotas, no estoy bromeando, esa historia ya no sirve para nada, nos está haciendo daño. ¿Entiendes? Nos estamos matando, nos consumimos a fuego lento, corremos uno tras el otro, la vida va demasiado rápido. Ya no quiero amarte, estoy harta de nuestros caprichos, de nuestras locuras. Ya no puedo. Ya no podemos.

Ella se muestra severa, tan sombría, que él sabe que es verdad. Esta vez ella quiere acabar con su amor. Querría gritar, gritar hasta perder la voz, gritar hasta despertar a los muertos, pero no puede. Nunca ha sido capaz, no sabe hacer eso, gritar como ella. Lloro suavemente.

Pequeña fiesta en casa de unos amigos a los que no han visto desde hace mucho tiempo. Adrián no se siente cómodo, está extenuado y se pregunta qué está haciendo allí, sentado en el sofá, con un vaso de vino en la mano, mirando con un aire distraído la gente que está hablando y saludando perezosamente a invitados que para él son ya prácticamente desconocidos. Y cuando se dispone a irse, una mujer extraña se arroja en el sofá junto a él con una carcajada. Habla mucho, se

ríe con ganas, utiliza palabras complicadas, palabras que nadie entiende. Adrián solo tiene ojos para ella, su apariencia orgullosa de leona, sus ojos oscuros llenos de vida, sus largas y frágiles manos. Se llama Laura, y le cuenta su vida, las palabras nunca se secan y él podría olvidarse de dormir, de beber de lo absorto que está por lo que ella le dice. Ella pinta, dice, a menudo, de noche, en los muros de su habitación, hasta que la luz del alba deslumbra sus ojos abrumados por la fatiga, una fatiga feliz. Deberías probar, te invitaré. Poco a poco, él se deshace de su coraza de timidez, y pronto, ya no puede parar de hablar.

El silencio cuando ella se ha ido es agobiante. Era la primera vez que odiaba tanto el silencio. Vuelve a tocar mentalmente la melodía de su voz y piensa: “Quiero otras noches con ella y quizás incluso una vida”.

Lo primero que recuerda Adrián cuando mira de nuevo a Laura es su encuentro. Piensa que en cinco años no ha cambiado. Sus pómulos son todavía muy rojos, el brillo vivo de sus ojos tenebrosos sigue centelleando con la misma intensidad y sus labios rosados parecen todavía muy finos. Sin embargo, en ese momento preciso, ella le parece tan lejana, tan diferente que no está seguro de poder reconocerla de nuevo en la calle. Él está sentado en una silla de la cocina y la observa impotente recoger sus cosas. Querría gritarle: “¡Por favor, para! ¡Deja esto, olvida los últimos seis meses y volvamos a empezar como al principio, dormiremos en medio del salón, entre los botes de pintura de todos los colores y los ramos de flores que compraba para ti los días en que estabas triste, te lo juro, de verdad, iremos más a menudo al cine, nos dedicaremos más tiempo!” Pero las palabras se pierden antes de ser pronunciadas, se las traga. Como de costumbre. Laura era la única capaz de entenderlo. Nunca encontrará a alguien como ella.

–¿Te puedo ayudar? –dice sin energía.

–Tu perfume está encima de la cómoda, puedes ponerlo en la bolsa.

Él pasa justo a su lado, huele su champú de avena y casi pierde el sentido. Se le oprime el corazón de repente. Jamás hubiera pensado que un simple olor pudiera provocar tal descarga. Es agobiante y doloroso, pero hay algo tranquilizador en esta fragancia. Coge su frasco de perfume, contempla su rostro retorcido de tristeza que se refleja en él y lo tira violentamente a la bolsa.

–¿Está bien, no he olvidado nada? –pregunta con rabia.

–No, lo tienes todo.

Su tono es seco, tajante, carece del más mínimo matiz de amor. “Ten cuidado, mi corazón está en el cubo de tu basura”, ironiza mentalmente.

Están uno frente al otro, al lado de la pesada puerta de entrada del piso de Laura. Están cara a cara, y ya no saben qué decirse. En cinco años, es la primera vez que les pasa. En este momento, Adrián entiende que algo se ha roto entre ellos, algo imposible de reparar.

Ambos saben que pronto tendrán que separarse, para siempre, es ineludible ahora. Laura quitará el cerrojo, accionará el picaporte con sus manos delgadas, abrirá lentamente la puerta e invitará a Adrián a marcharse sin darse la vuelta. Pero de momento no han llegado a ese punto. Se miran atentamente por última vez, graban sus rasgos en sus mentes. Extraña idea. En cuanto Laura haya cerrado

la puerta, cada uno intentará olvidar al otro en la medida de lo posible, pero de momento ninguno de los dos quiere perder un detalle del otro.

Adrián se inclina hacia ella, pasa la mano por su cabello y la besa. Su beso tiene un sabor amargo a perdón, melancolía y despedida.

Cuando la puerta se cierra tras él con un portazo siniestro, entiende el error que acaba de cometer. Le parece que necesitará toda la eternidad para olvidar el sabor de la boca de Laura.

FRAGMENTOS DE BATALLA

Sara Cuadrado

Sección Internacional Española de San Juan de Luz-Hendaya

Tercer premio

Los susurros recorren las calles, como una brisa gélida. Solo se llega a escuchar la misma frase entrecortada por el miedo: “Están llegando”. Las calles abarrotadas por soldados, se ven impregnadas por un ambiente de incertidumbre. Nunca había visto tantos guerreros juntos. Vestidos con túnicas de algodón reforzado, con cascos de cañas entretreídas con hilos de lana y con pinturas rojas en sus rostros, sus figuras imponentes tiñen las calles de un aura inquietante. Su mera presencia me hace estremecer. En años nunca habíamos sufrido tal amenaza, nosotros, los incas, siempre hemos vivido en paz, a excepción de alguna rivalidad con tribus vecinas, pero nada comparado con las últimas batallas.

Las prisas me corroen, debo llegar a casa antes de la voz de alarma. Acelero, siguiendo mis pensamientos, mis piernas empiezan a moverse cada vez más rápidamente. A mi alrededor atisbo las siluetas borrosas de gente apresurada recogiendo sus pertenencias en enormes bolsas de tela.

54

A la vuelta de la esquina, entreveo una colorida fachada que reconozco al instante y aminoro el paso. No se distingue particularmente de las demás, es una casa pequeña de piedra y paja con apenas dos ventanas. Levanto la cuerda que hace de puerta y entro. Recojo rápidamente mi bolsa raída, ya preparada, de encima de la mesa y vuelvo a cruzar el umbral. Pero antes me paro unos segundos a echar un último vistazo a lo que fue mi casa durante tantos años para despedirme, ya que no creo poder volver. Ni yo ni ninguno de nosotros. La pequeña habitación en penumbra consta de una mesa y una cama deterioradas por el tiempo. En la ventana, junto a la mesa, unos ojos sosegados negros me sostienen la mirada. Son los de una tangará de primavera, un ave de pelaje dorado y celeste. Admirado por su belleza doy un paso hacia ella, sin embargo, decide emprender el vuelo, desplegando sus majestuosas alas sombrías.

Al salir me uno al mar de gente, todos se dirigen al mismo lugar, el propio Inca, el emperador Manco, ha dado la orden de reunir a los aldeanos junto al Templo del Sol, más allá de las terrazas de cultivos que se yerguen en las colinas de las montañas. Unas montañas majestuosas entre las cuales el sol emerge, iluminando de esta manera el poblado y la ladera con una luz tenue. Y el Templo del Sol, recubierto de oro, resplandece al recibir la luz, semejando lágrimas de sol.

En el Valle Sagrado nos aseguraron que estaríamos seguros, pero todos estamos intranquilos. No creo que haya un lugar en el que nos encontremos totalmente seguros, pero la mayoría confía en que los guerreros nos protegerán. En la plaza, un grupo de mujeres implora ayuda a los dioses.

De pronto un pensamiento me invade: ¿y si yo también pudiera volar libremente como la tangará? ¿Y escapar de este inevitable destino, en vez de esperar en lo alto junto a los demás, como un rebaño que espera al jaguar? Todos sabemos que en cuanto nos derrotan arrasarán con todo. Nos esclavizarán, nos robarán a nuestras mujeres, nos arrebatarán nuestras riquezas y se quedarán con nuestras

tierras, nuestro hogar... ¿Por qué esperar entonces sumisamente? Saldré por la ladera sureste, los soldados están tan ensimismados preparando la batalla al norte que no se darán cuenta si un simple campesino escapa. Eso sí, seré por el resto de mi vida un desertor, un traidor, pero no me quedaré aquí para ver cómo destruyen la aldea. Si me cogen soy hombre muerto.

De lejos se puede distinguir cómo se cierran las puertas principales de la fortaleza, falta poco... Acomodo la bolsa a mi espalda y me pongo en marcha, dejando atrás la aglomeración de gente. Fugazmente, al pasar me cruzo a un grupo de orejones acompañados por sus sirvientes, por acto reflejo agacho la cabeza como muestra de respeto. Iban vestidos con lujosas telas bordadas con cuidados detalles y llevaban grandes pesos deformando sus orejas, lo que les ha dado justamente su nombre. Cuando los pierdo de vista, echo a andar de nuevo.

De fondo, el sonido del cuerno empieza a silbar en el aire.

–Ya hemos perdido Cuzco, no podemos permitirnos perder también Ollantaytambo. Esos barbudos no nos van a vencer, les haremos volverse a sus tierras con la cabeza entre las piernas –clama uno de los orejones.

–¡Pero qué pretendes que hagamos! Lo dices como si fuera fácil derrotarlos. Te recuerdo que no hemos ganado ni una sola batalla desde que nos invadieron, nos llevan ventaja respecto al armamento y no hablemos de las bestias que montan, y aunque los superemos en número la mayoría de nuestros guerreros son simples granjeros. ¿Cómo esperas que ganemos entonces? ¿Qué crees, que vendrá Illapa, el dios del rayo y la batalla y nos salvará por nuestra divina gracia? –dijo con tono de suficiencia– Necesitamos una nueva estrategia...

–¿Y si los emboscamos? Sabemos que vendrán por el norte siguiendo el río, podríamos esperarlos escondidos entre los árboles –propuso el más joven.

–Eso no funcionaría, nuestra legión es muy grande como para no ser detectada, por lo que estaríamos obligados a enviar a un grupo reducido de guerreros; sin embargo, aunque los sorprendamos, ellos tienen caballos con los que escapar fácilmente, y nosotros a pie no podríamos alcanzarlos, sería un suicidio...

–Nuestras armas no son eficaces contra sus armaduras y sus caballos, debemos pensar en algo más; encima se les han unido nuestros enemigos, ¡esos bastardos! –sostiene el primero.

–Es algo descabellado, pero... ¿y si los ingenieros desviarán el río Patacancha de manera que inundase la parte inferior de la aldea?

–No es mala idea, podría funcionar... Ya que de esta manera utilizaríamos el terreno a nuestro favor, nos quedaremos en las terrazas mientras ellos se ven incapaces de utilizar sus animales. Así podremos alcanzar la victoria. ¡Wayra! ¡Acércate!

–Aquí estoy mi señor. ¿Qué desea?

–Comunica al Inca nuestra idea, luego vuelve y hazme saber su decisión –De inmediato, el muchacho salió corriendo hacia la Real Casa del Sol, al otro lado de la colina.

–Aún nos queda algo de tiempo. Al haber destruido los caminos que comunicaban con Cuzco, tardarán más tiempo en encontrarnos.

Gritos, gritos y más gritos, algunos de dolor y otros de rabia. Junto con una lluvia de flechas, lanzas y piedras. El caos reina por la batalla, por encima del miedo. Esta vez la balanza les favorece... Nos estaban esperando, se habían preparado

para la ofensiva, los hemos subestimado. Al llegar nos encontramos a miles de salvajes en lo alto de las terrazas, al acecho, listos para atacar. Y de pronto apareció Manco, el Inca, montado en un caballo que nosotros mismos le habíamos regalado, y con lanza en mano daba una orden en un lenguaje hostil.

Unos segundos más tarde noto como el agua sube bruscamente por mis piernas. El agua empieza a brotar del suelo rápidamente. ¿Qué está pasando? ¿De dónde viene toda esta agua? Puedo ver en los semblantes pálidos de mis compañeros que ellos están igual de perplejos que yo. A lo lejos entre el estruendo, se oye al capitán Pizarro bramar:

–¡No retrocedáis! ¡Podemos con ellos!

No obstante, mi caballo, atemorizado, se empieza a descontrolar y se levanta sobre las patas traseras, lo que me hace perder el equilibrio y caer al duro suelo de piedra. Y antes de poder levantarme ya tenía un mar de gente encima.

Bajo el agua mis pensamientos empiezan a divagar. Ya no recuerdo ni por qué vine a Perú, ni cómo me uní a las fuerzas del capitán Pizarro. Ya eso no importa.

Mi mente, al igual que la sangre de mi cabeza, se vacía mezclándose con el agua. El agua se convierte en un río de sangre por los soldados heridos y los cadáveres caídos. Ya no siento dolor alguno, los pasos de los soldados aplastan mi cuerpo, ese cuerpo que ya no es más que un mero saco de huesos. A mi alrededor veo cuerpos sin vida flotar, y hasta un caballo que agita sus patas tratando de subir en vano a la superficie. Súbitamente algo me golpea en la cabeza haciéndola chocar nuevamente contra el suelo.

Y unos segundos más tarde, solo quedó un zumbido seguido de un tremendo silencio.



CENTRO DE RECURSOS DIDÁCTICOS

34, bd de l'Hôpital

75005 PARIS

Tfno. 01 47 07 48 58

centrorecursos.fr@educacion.gob.es

www.educacionyfp.gob.es/francia



EMBAJADA
DE ESPAÑA
EN FRANCIA

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN



ACCIÓN
EDUCATIVA
EXTERIOR